
presentación

IX

«En Córdoba —lo ha dicho Camilo José Cela— los adjetivos de los poetas aciertan siempre. Los poetas llamaron a Córdoba, entre otras muchas cosas, romana y mora y lejana y sola y celeste y enjuta y platera y es verdad. También lo es que Córdoba, además, es cristiana y judía, próxima al corazón que se le entrega y acompañadora de la mano que la busca; terrenal y carnosa y dorada. Todo es cuestión de saberle buscar sus humanos alcances, sus poéticos recovecos. Córdoba es una ciudad compleja y milenaria que puede no llegar a entenderse jamás, pero que también permite que se la adivine de golpe, como la gracia de Dios». Efectivamente, Córdoba es todo lo que de ella han dicho los poetas y mucho más; y tal y como advierte Cela no es fácil de entender, pero paradójicamente también puede revelárenos de súbito a poco que pongamos algún empeño en traspasar su epidermis y planifiquemos adecuadamente nuestra estrategia de aproximación.

Desde el pórtico de este número de ARBOR que, por el especial cariño del director de la revista a Córdoba, pretende acercar al lector al latir histórico de la vieja capital de al-Andalus, quiero ofrecerles mi visión —pobre e incompleta, seguramente— de esta ciudad de los sentidos, muchacha en flor, pese a sus muchos años, que se ha metido por todos los poros de mi cuerpo y me ha hecho suyo, como hizo suyos el arco visigodo de herradura y el mediopunto romano, fundiéndolos en la arquitectura califal, una de las más originales y armónicas que ha producido el arte de todos los tiempos.

Tras llevar media vida acompasado al pulso de Córdoba, escuchando el silencio de sus noches, respirando su aliento preñado de fragancias en los amaneceres y sintiéndome envuelto en los crepúsculos por esta luz, tan suya, en mieles traspasada, veo esta urbe milenaria, antaño faro de Occidente, como una ciudad casi pequeña, abarcable, humana, pródiga en sensaciones, en la que vale la pena vivir. Su paisaje urbano, proporcionado y escueto, es escaparate de la discreción de sus gentes, de esa austeridad que, al decir de Juan Bernier, en Séneca fue teoría y en el cordobés es práctica. García Lorca —Cela nos lo ha recordado— la vio lejana y sola, ideal para morir; a mí quizá empeñado en soñar

con el poeta, se me antoja olvidada y casi complacida en el olvido, viviendo el presente de puntillas para no contaminarse en la pugna por el relumbrón efímero. No resignada a su suerte, sino esperando pacientemente que su hora le llegue por derecho.

Sólo el que no es necesita tener y Córdoba es, ¡qué duda cabe!. Es normal que, plena de su grandeza antigua, rehuya cualquier tipo de disputa; ¿qué puede importarle ser hoy segunda o tercera a la que se alzó sobre las primeras en aquel tiempo dorado en que decir Córdoba era tanto como decir Bagdad o decir Constantinopla?. Ella ya dio de sí cuanto cabía pedirle. Parió a Séneca, a Osio, a Averroes, a Maimónides, que alcanzaron la cima, respectivamente, del pensamiento latino, cristiano, islámico y judío. Parió, al decir de Cervantes, que algo sabía de ello, al más grande poeta que ha dado nuestra lengua: «En don Luis de Góngora os ofrezco/ un vivo raro ingenio sin segundo/...». Parió a Juan de Mesa, artífice del Cristo de Vergara, de la piedad más sublime de toda Andalucía, del Gran Poder —ni más ni menos—, quien como buen cordobés partió discretamente y se entregó a la tierra sin más dolor que el de sus cristos y sus vírgenes, y lo cubrió el olvido más injusto que registra la Historia para que el propio Montañés, tan pagado de sí, acrecentara su gloria con lo más granado que salió de la gubia de nuestro esclarecido imaginero.

Lucano, Abderramán III, Ibn Hazm, Al Gafequi, Juan de Mena, Ambrosio de Morales, Pablo de Céspedes, Antonio del Castillo, el Duque de Rivas y Mateo Inurria son otros de sus frutos. Y lo fueron también los torerillos del Matadero y Santa Marina, que con su buen hacer sentaron cátedra de tauromaquia. Y recordamos al Guerra replicando al propio Alfonso XIII a las puertas del retiro de Moratalla, donde había salido a recibirlo creyendo que era el obispo: «Majestad, que yo en lo mío he sido papa». Y aquí nació Julio Romero de Torres, cuyo mayor mérito fue, en mi opinión, llegar a calar como pocos en el alma de Córdoba y poner la pintura al servicio de su patria. Tal lo advirtió otro cordobés excepcional de nuestro tiempo, ese gran poeta que alguien calificó de último ciprés de Córdoba, Pablo García Baena: «La pintura era fauves, era Kandinsky, / era Giorigo de Chirico. / Pero él era sólo su ciudad y le bastaba / verdecen en las cales juderías a Leonardo...».

Recamando el bello manto oriental que acertó a tejer el primer emir Omeya —el inmigrado de Muñoz Molina— sobre la urdimbre de la capital de la Bética, surgió la Mezquita, testimonio elocuente de la perfección que tuvieron por cordaje aquellos pabellones —que jamás pudo tocar la mano del defecto— de la antigua capital de al-Andalus. Es tal la armonía

de su fábrica y está tan hecha a la medida del hombre, que Chueca Goitia no ha dudado en calificarla como el último edificio clásico de Occidente.

Y a poniente, en la falda de la sierra, sigue asombrando al mundo desde sus despojos Medina Azahara: la de los tejados de oro y plata, la de los arcos de ébano y marfil incrustados de oro y piedras preciosas, la de la gran perla y la pila de azogue, espejo del sol en mil pedazos roto. Hubo atardeceres en que, como en un delirio febril de calentura, creí ver en los terrados recortándose en el azul purísimo, a sus muchachas envueltas en amplios mantos de colores —rojos, verdes, morados...—, regalo del califa para lucirlos en las solemnidades; y a la guardia personal de Abderramán III flanqueando a caballo la gran avenida, crines al viento y fulgores escapados de los dorados cascos y las lanzas. Fueron espejismos desatados por el esplendor denso de unas ruinas que han sobrevivido al paso demoledor del tiempo y a la incuria de los hombres; pero ¡cuánta hubo de ser la grandeza de aquella desgraciada ciudad palatina, que sólo tuvo la fugacidad de la flor! Con razón ha dicho de ella Antonio Gala que todos los palacios que se construyeron después —incluido Versalles— no han sido sino alcobas realquiladas con derecho a cocina.

Todo fue inimaginablemente hermoso en aquel llorado alcázar de la opulencia, pero no se agotó allí la belleza de la Córdoba Omeya. En el huerto de al-Rusafa seguía enseñoreándose la palmera que alentó la nostalgia del príncipe inmigrado y al-Amiriyya estaba poblada de luceros. Los jardines de la ciudad se veían alfombrados de narcisos y su albercas recamadas de nenúfares, como lunares en la piel blanca de una muchacha; en los patios se celaba las lunas al rumor de la fuente, mientras lozaneaban las gacelas entre los mirtos.

Pero además de esta Córdoba hedonista y mora, hubo otras con ella en convivencia. La cristiana del cenobio roquero se alzó por Cuteclara, por Peñamelaria..., y fue tal su apetencia de martirio que el segundo de los Abderramanes, rehusando hacer violencia a nadie por causa de su fe, demandó del obispo la contención del fanático brote que regaba de sangre el Campo de los Mártires. Mientras tanto, en los huertos de nardo al caer de la tarde, los rabinos se transmutaban en lamentaciones.

Y antes, mucho antes que la cruz, que la media luna y la estrella de David, el águila de Roma vino a anidar en Córdoba. Vive la «urbs cuadrata» oculta y soterrada a nuestras plantas, y aflora de vez en cuando y nos deslumbra en Gran Capitán, en La Victoria, en El Tablero, en Cercadilla... Y tengo que bajar la cabeza al decir Cercadilla, porque

Presentación

XII

su memoria habrá de avergonzarnos de por vida a todos los cordobeses de esta generación. La cacareada integración de los restos del palacio tardorromano en la nueva estación de RENFE concluyó en la desintegración brutal de los mismos. ¿Acaso es imposible conciliar la grandeza del pasado con el progreso? No me extraña que esta ciudad rehuya la alharaca, pues cara le costó la del 92.

No sé si temerosa, quizá desengañada, seguramente por ser su natural, Córdoba recata su viejo esplendor. Pese a ello, éste se nos revela a cada paso porque no hay forma de mantenerlo oculto, pero discretamente, sin alardes. Lo que aquí se nos muestra de forma meridiana, casi ostentadamente, es algo que constituye la esencia misma de la urbe, que se remonta sobre su historia y ha contribuido a conformarla. Me refiero a la prodigalidad de la tierra en que se asienta, cuyos frutos nos brinda en acendrado sensualismo.

Quienes vivimos Córdoba sabemos muy bien que esta ciudad es un edén de los sentidos. El olor es el dolor del azahar y la efímera queja del jazmín y el lamento agobiante de la dama de noche. El tacto es el de unas manos entrelazadas en el Campo Santo de los Mártires, el de unos labios en comunión con otros labios. Aquí, en la vieja corte de los califas, la vista precisa reposar de vez en cuando en la umbría boscosa de la Mezquita, porque no resiste el reverbero de las cales mudéjares de La Judería, y el oído se debate entre el silencio reverente de la plaza de Capuchinos y el bullicio festivo de mayo. El gusto en Córdoba es el de sus vinos generosos que, tras el brindis en alto —casi sacramental— de la taberna, aguzan el ingenio del cordobés y desatan su lengua.

No suele ser fácil para el viajero fugaz descubrir Córdoba. Esta ciudad vieja y de vocación recatada, cuando más, sólo nos desvela su rostro moruno al primer galanteo, pero para dejarnos entrever su esencia exige tiempo y dedicación o, en su defecto, una predisposición especialísima que nos empuje a perdernos por sus laberintos de cal, en solitario con la esperanza de que se produzca el milagro de la súbita revelación.

Quien aspire a conocer Córdoba no puede permitir que su retina se sacie en las arcadas de la Mezquita y la intrincada albura del barrio inmediato de La Judería. A veces siento la necesidad de gritárselo a esos turistas de gregario y estéril trasegar que pueblan cada día el casco histórico de la ciudad. Quien aspire a conocer Córdoba ha de callejear sin prisas la Medina y la Ajerquía, atisbando por las cancelas de los patios —siempre francas a la mirada del curioso—, haciendo estación en sus tabernas, demandando la orientación de los cordobeses, más por acercarse a ellos que porque sea absolutamente necesaria.

En este pasear sosegado la mirada ha de permanecer atenta y la mente dispuesta a leer entre líneas, porque la proverbial discreción del cordobés ha configurado su ciudad sin estridencias. Las iglesias fernandinas, de espaldas al delirio ascensional del gótico contemporáneo, apenas si emergen de los tejados domésticos. Nadie diría que tras las severas fachadas de los conventos, de un barroco austero y varonil, se esconde el delirio rutilante de los retablos dieciochescos. Las ruinas del templo romano, aunque imponentes, no son sino la punta del iceberg de la soterrada Colonia Patricia de Claudio Marcelo. Las plazas, perdidas en la enredada trama urbana, a veces no tienen más adorno que el silencio; el silencio, el dolor y la muerte en ese incomparable rectángulo de cal y de cielo, que es la de Capuchinos, donde hasta el Credo que busca la indulgencia ha de susurrarse, donde hasta la hierba que crece entre las piedras debe contenerse.

Aquí, en esta tierra calcinada y mora, el exorno, salvo contadísimas excepciones, sólo se prodiga de puertas adentro; tras las cales desnudas, apenas importunadas por el artificio de la forja y el geranio, se oculta el patio cordobés, de un sensualismo indescriptible, pues en él pervive de algún modo el espíritu refinado y voluptuoso de Ziryab, el de Inb Suhayd, el de Ibn Hazm, el de Ash-Sarif al Taliq, el de Ibn Zaidum.

Sí, Córdoba es todo lo que de ella han dicho los poetas y, además, sensual y recatada y mística y apacible y barroca y torera. Es, asimismo, guerrera y en su corazón, Las Tendillas, calza espuela de bronce al héroe de Ceriñola y Garellano, de Manfredonia... Córdoba tiene también ese toque rural que apetece quienes no hemos perdido el norte de lo efímero de nuestra condición y buscamos el continuo contacto con la tierra, que es principio y es fin, que fue cuna y ha de ser sepultura. ¡Es lástima que ahora se nos esté ocultando su calidez bajo el granito!

Poco es un puñado de artículos para intentar abarcar Córdoba, ni siquiera conseguiríamos hacerlo dedicándole un centenar de números de esta revista. Las colaboraciones que se desgranán en las páginas siguientes sólo son una visión parcial de lo que ha sido y sigue siendo esta ciudad inabarcable. Confiamos en que nuestro intento estimule al lector a abundar en el conocimiento de esta urbe del Sur olvidada y mal comprendida. Con ello nos daríamos por satisfechos y habría valido la pena editar este número monográfico de ARBOR. En la ilusión de que pueda cumplirse nuestro objetivo, aquí quedamos aguardándoles. Córdoba, que es Patrimonio de la Humanidad, es también de ustedes y arde en deseos de acogerlos.

Ángel Aroca Lara